

París posee un atractivo muy poderoso para los desocupados; los Campos Eliseos.

A ellos se dirigió Teresa.

No tardó en llegar.

Tomó por uno de los paseos de la izquierda, menos frecuentado por la multitud.

Estaba en realidad extremadamente hermosa con su traje del Louvre, cuyas averías había reparado como había podido.

Pero, en ella, no era aquella pobre *toilette*, lo que atraía.

Era la gracia de su delicado rostro tan encantador, que las mismas mujeres se volvían con un murmurio de admiración.

Ella no se ocupaba de las curiosidades que excitaba.

Avanzaba con el paso de la mujer que marcha soñando; se sentía pesada, vacilante, dominada por la necesidad de sueño.

Destrozada ya por la fatiga de los días anteriores, sufría la reacción de los esfuerzos que tuvo que hacer la última noche.

Hacia el medio de la avenida, á unos cien metros del Palacio de la Industria, á la altura del Alcázar, se sentó en uno de los sillones que había á los lados de la calzada y se durmió casi en seguida.

¿Cuánto tiempo duró aquel sueño, que ni el ruido de los coches, ni la circulación de los transeúntes interrumpió? Una hora tal vez.

El ruido de la música de los cafés cantantes de la vecindad fué lo que la despertó.

Una mujer se acercó á ella, y presentándola un papelito azul, la dijo:

—Por el asiento: son veinte céntimos. Hace mucho tiempo que estáis ahí; pero dormíais tan bien, que no he querido molestaros.

Sacó de su portamonedas un franco y se lo dió á la cobradora.

—¿Qué hora es?—la preguntó.

—Muy cerca de las nueve y media, más, puede ser.

—¡Yá!

Cogió la vuelta, sesacudió, se arregló el sombrero, se frotó los ojos y trató de orientarse. No había comido.

Apenas si pensaba en ello.

Tenia una preocupación más apremiante.

Necesitaba dinero.

Le hacía falta para vivir, para pagar la nodriza de su hijo Rolando, para pagar la casa; en fin, para todo.

Anduvo errando por los paseos de castaños y olmos, hasta que por fin se dirigió por uno transversal.

En el ángulo de la encrucijada, en un haz de luces, se destacaban en la oscuridad estas palabras en caracteres de fuego:

JARDIN DE PARIS

Una flecha indicaba el camino que había que seguir para llegar á él.

Una infinidad de coches de alquiler y de carruajes particulares formaban fila en aquel camino.

Teresa hizo lo que los demás: siguió el camino que indicaba la flecha.

En cuanto dió vuelta al palacio, se encontró sorprendida por el brillo deslumbrador de las luces que indicaban la entrada de un Edén, bastante parecido al paraíso de Mahoma.

Había una gran claridad.

Teresa, medio loca, se sentía dispuesta á todo, á seguir el ejemplo de aquella multitud, á lanzarse en el torbellino, á meterse como los demás en aquel mercado de placeres; pero al acercarse á la puerta retrocedió espantada.

El precio de entrada estaba inscrito encima de las taquillas. ¡Cinco francos!

Esto era el doble de lo que ella poseía.

Se quedó petrificada, con los ojos fijos en los tres cobradores, que desempeñaban frente á ella el papel del dragón destinado á la custodia del jardín de las Hespérides.

Pero vió que muchas mujeres entraban sin hacer más que dirigirles un pequeño saludo.

Entonces se acercó y preguntó con voz suplicante al que estaba más cerca de ella:

—¿Caballero, no podría entrar yo?

El interpelado era un hombre ya maduro, de cara simpática.

Movió la cabeza diciendo, pero con amabilidad:

—No, es imposible.

Al mismo tiempo consultó á sus compañeros con una ojeada.

Estos contestaron como él.

—No, no, no se puede.

Los ojos de Teresa se llenaron de lágrimas.

La daba vergüenza ser así despedida delante de toda aquella gente que la miraba.

Se disponía á retirarse, muy colorada, con el corazón angustiado, los ojos hinchados, cuando un caballero muy sencillo, de mediana estatura, de ojos chispeantes de inteligencia, de sonrisa dulce y fina, interrumpió su conversación con un amigo y dirigiéndose á los de la taquilla preguntó:

—¿Qué es eso?

Uno de los empleados le puso al corriente en dos palabras.

Hizo una seña á Teresa y esta se acercó á él:

—¿Queréis entrar, hija mía?—la preguntó.

—Sí, señor.

El, la examinó con una mirada llena de piedad.

¡Oh! no tuvo necesidad de explicaciones.

Comprendió todo, su angustia, su resolución desesperada y muy bajo la dijo:

—¿No podéis por menos?

—No.

—Pasad, la dijo suspirando con sentimiento.

Era el director, un buen hombre, conocido de todo París.

Y volviendo á su amigo:

—¿Has visto?...—preguntó.

—Sí.

—¿Qué joven tan encantadora!

—Sí. Una alhaja.

—¡Si no se necesitaran más que diez luises para salvarla!

—¡Qué compasivo eres! En seguida te conmueves.

Y añadió encogiéndose de hombros:

—¡Hay tantas aquí como ella!

Y se internaron en el jardín.

La música tocaba desaforadamente.

Los bailadores se entregaban á las excentricidades de un can-can, que en otros tiempos hubiera atraído las severidades de la vigilante policía y ofendido el pudor de los municipales de servicio.

Teresa estaba completamente aturdida.

Sentía una especie de vértigo por tanto ruido, tanto movimiento y tanta luz.

La pobre joven se veía arrastrada por la multitud y obligada á marchar en la fila sin poder revolverse.

Llegaban á sus oídos dichos que la hacían temblar y replegarse sobre sí misma, como una sensitiva por un toque brutal.

En verdad, Teresa, no podía pasar desapercibida en la multitud.

No hacía media hora que estaba allí, cuando ya los abonados, esos que quieren saber todo lo que pasa, los jueces del campo, por decirlo así, se preguntaban:

—¿Habéis visto la pequeña de luto?

—¡Ya lo creo!

—¡Una maravilla, eh!

—¡Le falta adorno al cuadro!

—No la costará trabajo encontrarlo.

—Parece que está triste.

Era verdad.

Estaba, en efecto, muy triste, asustada, perdida en medio de aquel ruido y en aquella atmósfera nueva para ella.

De pronto se volvió, palideciendo.

Una voz muy conocida la preguntaba:

—¿Qué hacéis por aquí, desgraciada?

Era la voz del Sr. Quillet.

El Sr. Quillet era uno de los asiduos concurrentes al jardín de París.

Teresa, al reconocerle, se estremeció y se puso colorada hasta las orejas.

Hubiera querido escapar, huir.

Se sentía tan profundamente humillada, tan avergonzada, como si hubiera sido cogida en infraganti delito de robo.

El señor Quillet no la dió tiempo para retirarse.

La cogió por el brazo, la sacó de entre la multitud, la llevó hacia el café y allí la obligó á sentarse en una de las mesas, y se colocó él enfrente de ella.

—Sí, ¿cómo estais aquí y qué veniais á hacer?

Teresa, deseosa de hacer desaparecer cuanto antes las dudas que hubieran podido ocurrir al señor Quillet al verla allí, respecto á cual serian sus propósitos al entrar en aquellos sitios, contestó de prisa.

—He sido despedida esta mañana... no por culpa mía, sino porque no he querido... He ido á las agencias de colocaciones... puesto que nadie quiere ayudarme. Se burlaron de mí. Entonces, como no tenía ni dinero ni nada... tuve intención de tirarme al río; pero el recuerdo de mi hijo me retuvo.

Se acercó un mozo.

—¿Qué desean los señores?—preguntó.

—¿Qué vais á tomar?—preguntó el señor Quillet á Teresa,

—Café—dijo resueltamente.

—Bueno—dijo el propietario—y para mí un bock.

—¿Quereis que os lleve á cenar?—preguntó el señor Quillet á Teresa cuando quedaron solos.

—No.

—¿No habreis comido?

—No.

—¿Por qué?

—No tenía dinero.

—¿Y ahora?

—No tengo hambre.

El señor Quillet se encogió de hombros.

—¿Por qué no habeis recurrido á mí?—la dijo.

—Porque me da vergüenza.

—¿Y no os da vergüenza venir aquí?

—¿Qué me importa?—replicó vivamente.—

A estas gentes ni las he visto nunca ni volveré á verlas, con seguridad, y además ni me conocen ni las conozco.

—Razón de más... ¿Qué interés queréis que tengan por vos?

—¡Oh! ¡interés!... ¡Me pregunto quién lo tendrá por mí!

El mozo llegó con lo que se le había pedido, lo dejó sobre la mesa y se retiró.

El señor Quillet bendecía su estrella, que le había guiado tan á propósito al Jardín de París.

Detallaba á aquella joven, cuya ausencia tanto le había preocupado, y la encontraba más á su gusto que nunca.

La devoraba con los ojos, presa de nuevo por los deseos que antes le había inspirado, hasta el punto de hacerle renunciar á sus hábitos de economía y aceptar cargas, modestas, pero que él no hubiera hecho por nadie antes de encontrarla.

—¿Habeis ido á la calle del Ehandé?—la preguntó con tono insinuante.

—Sí.

—¿Habeis visto á la señora Guignard?

—En efecto.

—Os he guardado vuestra habitacioncita. Sabía que la necesitariais un día ú otro.

—Sin embargo...

—No, ya veis, en todas partes pasa lo mismo...

—Pues bien; francamente, es triste!..

—No digo que no; pero ¿qué podemos hacer nosotros en eso? ¿Dónde estabais?

—De cajera en un café.

—¿En qué barrio?

—En la calle de Rívoli.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—¿Para que hubierais ido á visitarme con demasiada frecuencia? Yo quería ver si podía seguir allí y hacer mi aprendizaje, si podía conseguirlo...

—¿Y no marchaba bien la cosa?

—Sí.

—Pero llegó el momento psicológico, como no podía menos de suceder... ¿eh?

Teresa no contestó.

—¿Y ocurrió?... Vamos, contádmelo. ¿Qué edad tenía el patrón?

—Cuarenta años.

—¿Casado?...

—No, como vos, solterón.

—¿Se encendió como la yesca?

El señor Quillet reía con toda su alma.

—Esto era fatal. Por otra parte, si él hubiera sido casado, no hubierais estado mucho tiempo en su casa, suponiendo que os hubiesen dejado entrar en ella.

—¿Por qué?—preguntó maquinalmente Teresa.

—Porque la patrona os hubiera puesto de patitas en la calle por celos.

—¿Luego para vivir es preciso ser fea?—dijo Teresa con mucha amargura.

—Cuando uno no es rico, eso es preferible.

La orquesta hacía un ruido enorme.

Teresa hacía ya largo rato que había concluido de tomar su café.

Con los codos sobre la mesa escuchaba al señor Quillet, que la recordaba con complacencia sus proposiciones pasadas.

Apenas si las oía.

A medida que la noche avanzaba, las conversaciones de los paseantes eran más animadas.

Teresa veía inclinarse unas cabezas hacia las otras; adivinaba las palabras que se cambiaban y de todo lo que el señor Quillet se esforzaba en decirle ella no comprendía más que este dilema que la había expuesto hacía tiempo:

«¡Mía ó de otro!»

—¿Cuándo marchamos?—preguntó el señor Quillet con dulzura.

—Cuando queráis—contestó Teresa levantándose.

Pero se quedó inmóvil, vacilante, indecisa.

El señor Quillet la afreció el brazo.

—No, no—dijo Teresa con viveza.—Saldré sola y os incorporaré á mí fuera, en la avenida.

Teresa no esperó la respuesta y se alejó con paso rápido.

Algunos gomosos de smokin ó de levita, con un clavel en el ojal y el pardesús al brazo, trataron de detenerla.

Ella se deslizó como una anguila á través de la multitud y llegó á la puerta.

El señor Quillet la seguía á distancia, sin poder alcanzarla, inquieto y temiendo que al verse fuera de aquellos sitios huyera.

No tuvo esta mala suerte.

Teresa se detuvo á pocos pasos de la salida, bajo unos árboles, del otro lado de los curiosos, que esperaban la salida como habían esperado la entrada.

—¡Oh!—dijo cuando se acercó á ella enjugando el sudor que le corría por la frente, andais tan de prisa que he temido no volver á encontraros.

—¿A donde queréis que vaya?... Y además, la desgracia no hubiera sido grande.

—¡Oh! ¡sí, sí!

La cogió del brazo y la hizo montar en un coche de la Urbana.

Y, hablando al cochero, en voz muy baja, le dió una orden.

El coche volvió por los Campos Elíseos, su-

bió hacia el arco de la Estrella y bajó la avenida Friedland.

—¿A dónde vamos?—preguntó Teresa.

—A respirar un momento antes de retirarnos.

Teresa no preguntó más, se apelotonó en un rincón y se resignó.

El coche no tardó en encontrarse en el boulevard Malesherbes; ganó la Opera, la calle del Cuatro de Septiembre y se paró hacia el medio de la calle de Vivienne.

—Hemos llegado—dijo el señor Quillet ofreciendo galantemente el brazo á su conquista. Pagó con esplendidez al cochero y sorprendiendo entonces un estremecimiento de Teresa:

—¡Vamos á ver—la dijo,—no tembleis! ¡No tenéis nada que temer!

Atravesaron un ancho portal, un patio grande y subieron una escalera situada en un rincón de aquel patio.

—Vais á ver mis lares—dijo el solterón sonriendo.—No vale tanto como el Elíseo... Es un simple retiro de soltero.

Estaba muy alto.

El señor Quillet subía la escalera con paso firme y sin sofocarse, como hombre fuerte que era.

En el cuarto piso se detuvo y metió la llave en la cerradura.

Teresa hizo un movimiento para volver á bajar; le faltaba valor.

El señor Quillet estaba de espaldas á ella y no pudo apercibirse del movimiento.

—Entrad—dijo, volviéndose;—estamos en nuestra casa... tranquilos... No hay nadie... no tengo más que la portera para servirme. Ella me arregla la habitación... Esto es económico y seguro.

El cuarto era bastante grande, de techos altos; se componía de tres ó cuatro piezas, un vestíbulo, dos salas, de las que una servía de gabinete de tocador, y la otra de dormitorio.

Se conocía que aquella visita no había sido prevista, porque no habían desaparecido ciertos recuerdos que podían asustar á una nueva querida.

Las paredes del dormitorio estaban adornadas con fotografías de antiguas conocidas en posturas más ó menos despreocupadas.

Naturalmente, esto fué lo primero que llamó la atención de la joven.

Su corazón se sublevó.

El señor Quillet se deshacía en atenciones para con ella; puso en un velador, cerca de la cama, una licorera bien provista, y dijo:

—Ya veis que esto no es lujoso, pero es confortable. Una simple habitación de soltero, en la que nada falta. ¡Ya veréis qué bien vivimos aquí!

Y dicho esto, se acercó á Teresa, echándola uno de sus brazos alrededor del cuello, rodeándola con el otro la cintura y tratando de besarla en los labios.

Teresa, haciendo un gran esfuerzo, le separó y lanzó un grito de cólera que no pudo reprimir.

—No—dijo,—no. Eso no será... ¡Es imposible!

El señor Quillet retrocedió.

—¿Qué es lo que no será, hermosa mía?— preguntó con tono irritado.

Teresa no contestó.

—¡Vamos—repuso el señor Quillet,—no seáis chiquilla!

—¡No puedo!

—Reflexionad...

—¡Qué queréis que os diga!... ¡Eso es más fuerte que yo!... ¡No puedo!

—No se conduce uno como vos lo hacéis...

—No trato de disculparme... ¡Os pido perdón!... ¡Habéis sido bueno para mí!

—Y quiero seguir siéndolo; pero, francamente, hacéis difícil que uno sea complaciente.

El señor Quillet se irritaba cada vez más. Un solo paso y llegaba á la cólera.

—Es un papel tonto el que me hacéis desempeñar... ¿Estaréis mañana más avanzada que hoy?

Teresa repitió, dirigiéndole una mirada extraña:

—¿Mañana?

—Sí, mañana, cuando despertéis en una guardilla, sin pan, cuando tengáis que empezar de nuevo vuestras excursiones, os pesará haberos enemistado con el único amigo que encontraréis tal vez... Yo era para vos la salvación...

—Lo sé.

—¿Pero no la queréis?

—No me agobiéis, os lo suplico... ¡Bastante triste estoy ya!

—¿Y la criatura por quien queríais sacrificaros? ¿Qué será de ella?

Una punzante angustia oprimió el pecho de Teresa.

Estuvo á punto de ceder.

Pero se rehizo y contestó:

—Os juro que os estoy reconocida; pero...

—Yo me rio de las palabras... Lo que yo quiero son actos... ¿Queréis, sí ó nó?

—No puedo. ¡Dejadme salir!

—Como queráis. Pero os juro por mi nombre, que si pasáis esa puerta, ya no existiréis para mí... Ahora, marchad si queréis... Yo no he retenido á ninguna mujer por fuerza...

Teresa hizo un esfuerzo sobre sí misma y se dirigió hacia la puerta.

En el momento en que iba á franquearla, la cogió por el brazo el señor Quillet, la volvió hacia atrás, y mirándola con fijeza á la cara, la preguntó:

—¿Habéis pensado bien lo que hacéis? Mañana os encontraréis en medio de la calle.

—Lo sé.

—Os doy veinticuatro horas para abandonar mi cuarto. ¡Ni un minuto más!

—¡Bien!

El señor Quillet, no pudiendo ya contenerse, se desató en improperios contra la pobre joven, diciéndola mil groserías.

Juró como un cochero ébrio, y exclamó:

—¡No he visto nunca cosa semejante! ¡Marchaos, porque no sé lo que sucedería si seguís aquí!...

Teresa huyó.

El señor Quillet cerró la puerta con violencia detrás de ella.

El gas estaba ya apagado.

Teresa bajó como pudo, tropezando, con riesgo de caer, y llegó al patio.

La costó trabajo despertar al portero, y por fin se encontró en la calle.

Era la primera vez que estaba fuera de su casa á aquellas horas.

Llena de terror, temblando de emoción, marchó muy de prisa á través de los muelles, atravesó el Sena por el puente de los Santos Padres y llegó tiritando, pero sin accidente alguno á la calle del Echaudé. La señora Guignard que dormía á más y mejor, se despertó al oír la campanilla, para volver á caer otra vez en la pesadez del primer sueño. La desgraciada joven subió la escalera á tientas, como había bajado la de la calle Vivienne.

No había visto un coche de alquiler parado á la entrada de la calle del Echaudé, en el boulevard de San Germán.

Desde aquel coche acechaba un hombre su llegada.

Era el señor Quillet.

Minutos después de la salida de Teresa, el hombre, lleno de remordimientos se había puesto en persecución de ella diciéndose con terror:

—¡Con tal que no vaya á echarse al río!

Al verla al fin, respiró, y ya tranquilo, cuando la puerta de su inmueble se cerró detrás de ella, dijo al cochero:

—A la calle Vivienne.

XI

Correspondencias.

El señor Jacobo Morteus á Marcellus, organista de la Hotkirche en Lucerna (Suiza).

«Mi querido hijo:

»No os he contestado antes porque hace unas semanas que no me encuentro bien.

»Un enfriamiento me ha ocasionado una especie de pneumonía de la que he salido ya, según afirman los doctores.

»Lo malo de estas pneumonías es que vuelven cuando uno menos lo piensa.

»Desde vuestra partida la casa ha cambiado de aspecto, á mis ojos al menos, y yo creo también que á los del señor Silas Barker.

»El pobre hombre os hecha de menos ciertamente.

»Pero vos le conocéis.

»El guarda sus impresiones para sí.

»No obstante, esta aventura ha sido un golpe para él, y si conserva la actividad de siempre, ha perdido su buen humor.

»La señora Barker ha comprado un hotel en París, en la plaza Wagram; le ha costado un millón, lo que representa un cierto número de pianos y órganos que fabricar, pero la caja es buena y se llena á menudo.

»Ya sabéis que Minnie es la única heredera de la familia.